

dencia, y que mire su estado como el mas desgraciado é infeliz? ¿Qué mas diré? Es verdad que se han visto algunos pecadores, que disgustados y desesperados del mundo, han tomado unas resoluciones extremas; que han perdido el sosiego, la salud, la razon, y la vida; los hemos visto abatirse, destruirse, y arruinarse; caer en tal estado de aficcion y de melancolía, que miraban la vida como el mayor de sus tormentos; ¿pero á qué justos ha precipitado hasta ahora el disgusto de la virtud en tan terribles extremos? Es verdad que algunas veces se quejan de sus trabajos, pero con todo eso los estiman mas que los placeres de las pasiones; es verdad que algunas veces les parece la virtud triste y molesta; pero con toda su tristeza les gusta mas que la culpa; quisieran algunas veces que Dios les comunicase mas consuelos sensibles; pero al mismo tiempo detestan los consuelos del mundo; padecen, pero la misma mano que los prueba, los conforta; y nunca son tentados mas de lo que permiten sus fuerzas; sienten lo que vosotros llamais carga del yugo de Jesu-Christo; pero acordandose del peso de iniquidad bajo el qual han gemido tanto tiempo, tienen su suerte por feliz, y esta memoria los sosiega y alivia.

Porque primeramente, católicos, las violencias que nos hacemos á nosotros mismos son mucho menos molestas, que las que nos vienen por otros caminos, y que nos suceden contra nuestra voluntad; las mortificaciones de la virtud, por lo menos son voluntarias; son unas cruces que escogemos nosotros por prudencia, y de las que nosotros mismos nos formamos una obligacion. Es verdad que se hallan en ellas algunas amarguras, pero nos sirve de consuelo el gusto de haberlas escogido; pero los disgustos del mundo son unas cruces violentas, que nos vienen sin consultar antes nuestro gusto; son un yugo odioso que se nos impone contra nuestra voluntad; nosotros no le queremos, no le amamos, antes le aborrecemos, y con todo eso es preciso beber toda la amar-

gu-

gura de este caliz; en la virtud solamente padecemos porque nosotros gustamos de padecer; en el mundo padecemos mucho mas de lo que quisieramos, y todas nuestras inclinaciones se rebelan contra nuestras penas.

En segundo lugar; los disgustos de la virtud solamente son molestos á la pereza y á la ociosidad; son unas repugnancias amargas solamente para los sentidos; pero los disgustos del mundo llegan á lo vivo, mortifican todas las pasiones, humillan la soberbia, abaten la vanidad, avivan la envidia, derriban la propia confianza, arruinan la ambicion, y nada hay en nosotros que no sienta su tristeza y amargura.

En tercer lugar: los disgustos de la virtud solamente son sensibles en los primeros pasos; los primeros esfuerzos cuestan algun trabajo, despues todo se suaviza; las pasiones que regularmente son la raíz de los disgustos de la virtud, tienen la propiedad de que quanto mas se las sujeta, se hacen mas dociles. Las mortificaciones sosiegan poco á poco el corazon, y nos dejan mucho menos que padecer en adelante; pero los disgustos del mundo siempre son nuevos; como siempre hallan en nosotros las mismas pasiones, nos dejan siempre las mismas amarguras; los que preceden, solamente sirven de hacer mas insufribles los que se siguen; en una palabra, los disgustos del mundo avivan nuestras pasiones, y de este modo aumentan nuestras penas; los de la virtud las reprimen, y de este modo establecen poco á poco la paz y la tranquilidad en nuestras almas.

Finalmente; los disgustos del mundo son mas frecuentes en los que le sirven con mas fidelidad; no los trata mejor por verlos mas aficionados á su servicio, y mas zelosos de sus abusos y esperanzas: Al contrario, los corazones mas añañes del mundo son regularmente los que hallan en él mas molestias y amarguras, porque sienten con mas viveza sus olvidos é injusticias. Su misma ansia es la raíz de todas sus inquietudes; pero sirven-

viendo á Dios nada debemos temer sino nuestra tibieza; los disgustos de la virtud regularmente no tienen otro principio mas que nuestra relajacion y pereza; quanto mas se aumenta nuestra ansia por el Señor, mas se disminuyen los disgustos; quanto mas se aviva el zelo, mas se debilitan las repugnancias; quanto mayor es nuestra fidelidad en servirle, mas suavidad y consuelo hallamos en su servicio; quando aflojamos es quando se nos hacen desagradables las obligaciones; quando se entibia nuestro fervor es quando añadimos nuevo peso al de su yugo; y si continúan nuestros disgustos, no obstante nuestra fidelidad, entonces debemos tenerlos por prueba, y no por castigo; esto no es negarnos los consuelos, sino proporcionarnos nuevo merito; no es cerrarnos Dios su corazon por haberse irritado, sino usar de su misericordia, purificando el nuestro; no es suspender sus gracias por hallarse disgustado de nosotros, sino manifestarse un Señor zeloso, que quiere hacer pruebas de nuestro amor; es remediar anticipadamente nuestras complacencias, y no despreciar nuestros respetos; solamente quiere asegurar la paz de nuestras penas, apartando de nosotros todo aquello que pudiera mezclar al hombre con Dios, á nosotros mismos con la gracia, á los socorros humanos con los del cielo, y á las riquezas de la fé con los consuelos del amor propio. Esta, católicos, es la ultima verdad con que voy á poner fin á este discurso; no solamente los disgustos de la virtud no son tan amargos como los del mundo, sino que tienen tambien unos alivios que no se hallan en estos.

IV. Reflexion. Dixe, Señores, que en los disgustos de la virtud se hallan unos alivios que no tienen los del mundo, porque aunque el mundo hace heridas en el corazon, no nos provee de remedios para ellas; el mundo tiene sus pesares, y no tiene con que consolarse de ellos; el mundo está lleno de disgustos y amarguras, pero no halla en ellas remedio alguno.

Pe-

Pero en la virtud no hay trabajo que no tenga su consuelo; y si se hallan en ella algunas repugnancias y disgustos, tambien se hallan mil alivios que los suavizan.

1. La paz del corazon, y el testimonio de la conciencia; ¿Qué consuelo es el hallarse en paz consigo mismo; el no tener interiormente aquel importuno gusano que nos acompaña á todas partes; no verse despedazado con aquellos continuos remordimientos que emponzoñan toda la suavidad de nuestra vida, y por ultimo verse libre del peso de la iniquidad? Es verdad que los sentidos pueden padecer amarguras en la virtud, pero á lo menos el corazon está tranquilo.

2. La certidumbre de que no se pierden nuestros trabajos, que nuestros disgustos son para nosotros nuevos meritos, que nuestras repugnancias, al mismo tiempo que nos proporcionan nuevos sacrificios, nos aseguran un nuevo derecho á las promesas de la fé; que si la virtud nos costára menos trabajo, sería tambien menos apreciable á la vista de Dios; y que solamente nos hace tan difícil el camino para que nuestra corona sea mas brillante y gloriosa.

3. La sumision á las ordenes de Dios, que tiene sus motivos para negarnos los consuelos sensibles de la virtud, cuya sabiduría nada hace que no tenga su causa fundada en nuestra propia utilidad, que mas consulta á nuestros intereses que á nuestras inclinaciones, y que quiere llevarnos por un camino menos agradable, por ser para nosotros mas seguro.

4. Las gracias con que acompaña á nuestros disgustos, las que sostienen nuestra fé, al mismo tiempo que nuestras mortificaciones sujetan al amor propio; que confirman nuestro corazon en la verdad, al mismo tiempo que nuestros sentidos se disgustan de ella; que hacen que nuestro espiritu se halle pronto y fervoroso, aunque la carne esté flaca y enferma: De modo, que hace tanto mas sólida nuestra virtud, quanto mas triste y penosa nos parece.

Los

5. Los socorros exteriores de la piedad, que nos sirven de otros tantos nuevos alivios en el estado de tristeza y sequedad; los Misterios santos en que el mismo Jesu-Christo, consolador de las almas fieles, viene á consolar nuestro corazon; las verdades de las Divinas Escrituras, que no prometiendо acá en la tierra sino tribulaciones y lagrimas á los justos, sosiegan nuestros temores, haciendonos conocer que nuestros verdaderos placeres son los futuros, y que las penas que nos desalientan, en vez de hacernos desconfiar de nuestra virtud, deben hacer nuestra esperanza mas viva y mas segura; finalmente, la leccion de las vidas de los Santos, los que vemos que han sido exercitados con los mismos disgustos, y con las mismas pruebas; que nosotros tenemos mucho menos motivo para quejarnos, quando otras almas mucho mas fieles han tenido la misma suerte; que esta ha sido casi siempre la conducta de Dios para con sus siervos; y que si en esta vida podemos tener alguna prenda de su amor, es el que nos guie por el camino de sus Santos, y nos trate en la tierra como ha tratado á casi todos los justos.

6. La tranquilidad de la vida, y la uniformidad de las obligaciones que han ocupado el lugar de las pasiones desenfrenadas, y han sucedido al tumulto de la vida mundana, que nos han proporcionado unos dias mucho mas felices y apacibles que los que habiamos pasado en los deleytes, y que aunque dejan todavia en nosotros alguna pena, á lo menos nos han formado un destino mas tranquilo y sufrible.

7. La fé que nos acerca á la eternidad, que nos descubre la nada de las cosas de esta vida, que nos hace ver que á un volver de cabeza todo se ha de acabar, que estamos ya tocando el termino feliz, que toda la vida presente no es mas que un instante rápido, y que así nuestras mortificaciones no pueden durar mucho tiempo; pero este corto instante de tribulacion nos asegura una eterni-

nidad gloriosa é inmortal, que ha de durar tanto como el mismo Dios: ¡Qué consuelos estos para un alma fiel! ¡Qué desproporcion entre los trabajos de la virtud, y los de la culpa! Muchas veces, catolicos, permite Dios que vivamos entregados al mundo por algun tiempo, para que conozcamos mejor esta diferencia; que nos abandonemos en los primeros años de nuestra edad á los desordenes de las pasiones, para que llamandonos despues para sí, conozcamos por nuestra propia experiencia quanto mas suave es su yugo que el del mundo: Yo permitiré, dice en la Escritura santa, que mi pueblo sirva por algun tiempo á las naciones; que se deje engañar de sus supersticiones profanas, y que sufra el yugo de los incircuncisos, para que sepa mejor distinguir mi servicio del de los Reyes de la tierra, y conozca quanto mas suave y llevadero es mi yugo, que la servidumbre de los hombres: *Verumtamen servient ei, ut sciant distantiam servitutis meae, & servitutis regni terrarum.* (a)

Felices las almas que no necesitan de esta experiencia para desengañarse, y á quienes no ha costado trabajo el conocer la vanidad del mundo, y la triste suerte de los placeres y de las pasiones injustas! ¡Ah! supuesto que por ultimo es preciso despreciarle, abandonarle, y desengañarse de él; supuesto que ha de llegar el dia en que nos ha de parecer frivolo, molesto, é insufrible; en que no nos ha de quedar de estas necias alegrías mas que los crueles remordimientos á que vivimos entregados, la vergüenza de haberlas seguido, los obstaculos para el bien que habrán dejado en nuestro corazon, ¿por qué no hemos de precaver estos tristes pesares? ¿por qué no hemos de hacer hoy lo que nosotros mismos conocemos que tenemos precision de hacer algun dia? ¿Por qué hemos de esperar á que haya hecho el mundo profundas heridas en nuestro corazon, para buscar despues los re-

me-

(a) 2. Paralip. 12. v. 8.

medios que no podrán sanarnos sino con mucho mas trabajo, y quando nos costará al doble el resarcir las pérdidas que habremos padecido por nuestra desgracia?

En la realidad, nosotros no nos quejamos mas que de algunos leves disgustos que acompañan á la virtud; pero ¡ay! los primeros fieles que sacrificaban á las maximas del Evangelio sus bienes, su reputacion, su fortuna, y su vida; que corrian á los suplicios para confesar á Jesu-Christo; que pasaban sus dias en las cadenas, en las prisiones, en los oprobrios, y en los trabajos, y á los que tanto les costaba el servir á Jesu-Christo, se quejaban acaso de las amarguras de su servicio? ¿le reconvenian de que hacia infelices á los que le servian? No por cierto; antes se gloriaban en sus tribulaciones; preferian el oprobrio de Jesu-Christo á todos los vanos placeres del mundo; miraban con desprecio las ruedas, los fuegos, y los suplicios, consolandose con la bienaventurada esperanza; cantaban hymnos y canticos en medio de los tormentos, y miraban como ganancia el perderlo todo por los intereses de su Señor. ¡Qué vida la de aquellos hombres desgraciados á los ojos de la carne! Desterrados, perseguidos, y arrojados de su patria, no tenian mas asilo que las cuevas y cabernas; en todas partes los miraban como á horror del universo; se hacian execrables á sus amigos, á sus conciudadanos, y á sus parientes, pero se tenian por dichosos por ser siervos de Jesu-Christo; creían que esto era comprar á poca costa la gloria de ser sus discípulos, y el consuelo de poder aspirar á sus promesas: Y nosotros, católicos, en medio de tantas comodidades, rodeados de tanta abundancia, de tanta prosperidad, y de tanta gloria; hallando acaso, por desgracia nuestra, en los aplausos del mundo, que no puede menos de estimar á los justos, la recompensa de nuestra virtud; en medio de nuestros parientes y de nuestros amigos nos quejamos todavia de que es cosa dura servir á Jesu-Christo; murmuramos contra los disgustos y leves amarguras que

que hallamos en la virtud; y casi vivimos persuadidos á que Dios pide demasiado á sus criaturas. ¡Ah! quando algun dia se comparen estos leves disgustos, que tanto ponderamos nosotros, con las cruces, las ruedas, los fuegos, y todos los suplicios de los Martyres, con las austeridades de los Anacoretas, con los ayunos, las lagrimas, y mortificaciones de los Santos penitentes, entonces nos avergonzaremos de hallarnos casi solos en la presencia de Jesu-Christo, de no haber padecido nada por él, de no habernos costado nada su reyno, y de que llevando ante su Tribunal nosotros solos mas defectos que una infinidad de Santos juntos, no podemos con todo eso, aunque juntemos todas nuestras buenas obras, compararlas con una sola de sus mortificaciones.

Dejemos, pues, de quejarnos de Dios, quando su Magestad tiene tantas razones para quejarse de nosotros; sirvamosle del modo que quiere ser servido; si nos aligera el yugo, alabemos su bondad, que proporciona estos consuelos á nuestra flaqueza; si nos hace sentir su peso, tengamonos tambien por dichosos de que á este precio se digne de aceptar nuestras obras y respetos; recibamos de su mano igualmente los consuelos y las penas, pues quanto nos viene de su Magestad nos guia igualmente á él. Sepamos mantenernos igualmente, como el Apostol, en la pobreza, ó en la abundancia, con tal que seamos de Jesu-Christo: Lo principal no es el hallar gusto en servirle, sino el servirle con fidelidad. Porque, católicos, no obstante todos los disgustos y repugnancias de la virtud, no hay otro verdadero placer que el ser fieles á Dios, no hay otro consuelo sólido mas que el estar unidos á su ley. No, dice el Sabio, mas vale sustentarse con pan de axenjos y amarguras, temiendo á Dios, que vivir en su indignacion, en medio de los placeres y alegrías profanas. ¿Qué alegría puede tener el que es enemigo de Dios? ¿Qué gusto puede experimentar el que no tiene en su corazon sino las inquietudes y amar-

amarguras de la culpa? Solamente el temor de Dios, vuelvo á decir con el Sabio, puede calmar nuestras molestias, suavizar nuestras tristezas, y hacernos hallar una especie de consuelo en conversar con nosotros mismos. *Et erit allocutio cogitationis, & tædii mei.* El es el que nos hace suave el retiro, y agradable la soledad de nuestras casas; el que nos hace gozar un suave consuelo lejos del mundo y de sus diversiones: *Intrans in domum meam, conquiescam cum illa.* Hace que los dias pasen con brevedad, que se ocupen con gusto todos los momentos, y dejandonos mas desocupados, nos deja mucho menos tiempo de molestia que la vida mundana: *Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tædium convicius illius.*

¡Gran Dios! ¡Quánto honor hace el mundo á vuestro servicio! ¡Qué grande elogio del destino de los justos es la suerte de los pecadores! ¡Cómo sabeis, ó Dios mio, sacar vuestra gloria y alabanza de vuestros mismos enemigos! y qué pocas excusas dejais á las almas que se apartan de Vos, pues haceis que sus mismos delitos sirvan de remedios que los atraigan á la virtud, y os valeis de sus miserias para llamarlos á vuestras eternas misericordias. Amen.

SERMON
PARA EL JUEVES
DE LA SEMANA
DE PASION.

LA PECADORA DEL EVANGELIO.

Et ecce mulier, que erat in Civitate peccatrix, ut cognovit quod Jesus accubisset in domo Pharisæi, attulit alabastrum unguenti, & stans retro secus pedes ejus, lachrymis cœpit rigare pedes ejus, & capillis capitis sui tergebat, & osculabatur pedes ejus, & unguento ungebat.

Al mismo tiempo una muger de la Ciudad, que era de mala vida, habiendo sabido que Jesu-Christo estaba comiendo en casa de un Fariseo, llevó allá un vaso de alabastro, lleno de un aceyte oloroso, y poniendose detrás de él llorando, empezó á bañar sus pies con sus lagrimas, los enjugaba con sus cabellos, y los besaba, derramando sobre ellos el perfume. *Luc. 7. v. 47.*

POR unas lagrimas tan abundantes, por una confesion tan sincera, por un ministerio de tanto amor, y por unas acciones tan nuevas y tan humildes se conoce facilmente el dominio que sobre esta pecadora habian tenido las pasiones, y el prodigio, que en ella acaba de obrar la gracia. Mucho tiempo habia que la Palestina la miraba como verguenza y escandalo de